

## ACTO Iº

*Escenario: El Laberinto:*

*La entrada del Laberinto es el propio personaje Laberinto: tiene que simular de alguna manera la entrada a una gruta. Puede llevar una estructura sujeta a la espalda cubierta con telas grises (quizás como una pequeña tienda de campaña), que simule rocas, y, en todo caso, hay una pequeña roca al lado donde se sienta Laberinto de vez en cuando. De esa misma tela será también su traje: una gran túnica con mangas amplias. El interior del Laberinto: simula un pasillo formado por unos personajes femeninos (Entraña, cercana a la entrada, y Sinuosidades, varios personajes uniformes, como un coro) que están situados en hilera —pero no en línea recta, sino curva, zigzagueantes—, hasta llegar al fondo. Con túnicas semejantes a la de Laberinto, les cuelgan trozos de tela y redes —simulando telarañas— y van unidas todas entre sí por sus mantos como alas o por telas entrelazadas. Están quietas, sin hacerse notar, quizás sentadas en el suelo o tumbadas, mientras el interior del Laberinto no está en efervescencia.*

*El fondo del Laberinto: al fondo del "pasillo" está el Minotauro. Éste unas veces tendrá apariencia humana, más o menos normal, y otras se pondrá el actor la cabeza de monstruo del Minotauro.*

*Al borde del escenario está el mar: bordeando el escenario, una cinta-mar de telas azul y verde.*

PRIMER CUADRO

*(Personajes: Laberinto, Minotauro, Ariadna)*

LABERINTO.- *(Gritando imperioso)* ¡Ariadna!

MINOTAURO.- *(También llamando en voz alta, pero sin tono de mando, quizás con cierta angustia)* ¡Ariadna!

LABERINTO.- *(Impaciente, airado)* ¿No viene hoy?  
*(Entra Ariadna)*

ARIADNA.- *(Algo enojada y activa)* ¿Por qué me llamas tan imperiosamente?

LABERINTO.- *(En tono de reproche)* Te has retrasado mucho, Ariadna.

MINOTAURO.- Pensábamos que ya no ibas a venir.

ARIADNA.- *(Seca y tajante)* ¿Y qué? ¿Es que tengo yo acaso la obligación de acudir aquí?

LABERINTO.- *(También tajante)* Como todos los días.

ARIADNA.- Pero vengo porque quiero, Laberinto. Entérate bien. No porque tú me lo mandes.

LABERINTO.-*(Cambia el tono: tierno, suplicante)* Porque yo te lo pido, Ariadna.

ARIADNA.- *(También dulcificándose. Se acerca a la entrada)* Naturalmente pensaba venir... Si no, sería demasiado largo el día para mí; demasiado aburrido, sin hablar con vosotros. Lo cierto es que la compañía de los demás me resulta... tediosa. A mi padre, Minos, le veo poco, y siempre está preocupado sólo con sus asuntos de

estado. ¡Le obsesiona conservar el poder! (*Pausa. Sonríe satisfecha*) Conmigo es muy afectuoso, eso sí; siempre nos hemos compenetrado, él y yo más que con los demás de la familia. Y él está pendiente de mí, y me complace en todos mis caprichos... Pero... su cariño es muy posesivo: cuando él está en casa, ni me permite ausentarme. Mientras que mi madre, todo lo contrario, es algo fría y distante. Parece que le molesto a veces. ¡Le molesta sin duda cuando me ve con mi padre! Se diría que tiene celos (*Eso lo dice con una sonrisita y cierto orgullo malévolo*).

LABERINTO.- ¿Y tu hermana Fedra?

ARIADNA.- (*Algo despectiva*) ¡Fedra! También a ella parece que le fastidia mi presencia. Se encuentran mi madre y ella charlando tan animadas, y luego yo, y se callan de pronto. De todas maneras, Fedra es casi una niña aún, y... es tan insulsa... No me extraña que nadie le haga mucho caso, excepto nuestra madre (*Con envidia y rabia*) ¡Ella la adora! (*Pausa. Se queda pensativa y algo sombría. Después se vuelve hacia los dos y sonríe afectuosa*) Vosotros sois mis verdaderos amigos.

(*Extiende la mano y casi toca a Laberinto, que se estremece emocionado. Después la tiende hacia donde se ve a Minotauro*)

MINOTAURO.- Gracias, hermana. Tú eres la única que me quiere, que se compadece de mi lamentable situación. Yo soy un monstruo horrible, odiado y temido por todos. Pero ¿he pedido acaso serlo? ¿He pedido yo nacer? (*Solloza y gime con gran dolor y voz terrible, cavernosa. Pausa. Ahora habla con odio, creciente, con asco*) Pasífae, mi

madre, me engendró así por su lujuria, ¡por satisfacer su pasión aberrante! Mi madre, tu misma madre. Y ni siquiera ella, que me trajo a este mundo -¡ni siquiera ella!-, me quiere ni viene jamás a hablar conmigo y a mitigar mi espantosa soledad. Porque yo le recuerdo su depravación... Cuando no pudo contener su frenético deseo hacia el potente y lustroso toro y, sin pudor ninguno, lo atrajo con artimañas y yació con él ¡Ella igual que una bestia inmundada! ¡Y se avergüenza de mí, en vez de asquearse de sí misma! (*Pausa. Ahora con mucha ternura*) Pero tú, Ariadna, tú... (*Casi llora, con emoción*) Querida Ariadna, oír tu voz aquí, en las negras y frías profundidades a las que he sido arrojado, de por vida... Oír tu voz es un relámpago maravilloso, cálido, que penetra hasta mí rasgando la tiniebla que me aprisiona (*Hace gestos angustiosos como de intentar arrancarse inútilmente ataduras y de salir del reducido recinto al que está constreñido*).

ARIADNA.- (*Apenada*) ¡Mi pobre Minotauro! Cada día noto mayor tu tristeza.

MINOTAURO.- Cada día se agranda más mi soledad.

LABERINTO.- (*Con mucha amargura*) Nuestra soledad. Nuestra condena de por vida, Ariadna. El monstruo voraz debe permanecer bien guardado y encerrado, y yo debo por siempre ser su guardián. Para eso fui concebido y "engendrado" ¡Yo, no menos voraz y terrible que él! Pero -como antes con razón dijo Minotauro- ¡yo no pedí serlo! No pedí nacer. ¡Ah! ¡Maldito Dédalo, mi

padre, que me dio la vida! Y maldito el tuyo, Ariadna: ¡maldito Minos, que obligó a su genial arquitecto a idear esa trampa mortal que soy yo!

*(Ariadna se acerca a él y casi se introduce en la gruta, y casi le toca)*

ARIADNA.- *(Protesta. Con algo de pasión)* No los maldigas, Laberinto. Sin ellos... tú no existirías.

LABERINTO.- *(Con emoción)* Entonces tú... ¿Tú lamentarías que yo no existiera, Ariadna?

ARIADNA.- *(Un instante se deja llevar por esa emoción y está a punto de acariciarle; pero se reprime)* Sabes que sí... ¿Con quién podría yo hablar si no? ¿Con quién desahogar mi corazón? ¿A quién preguntar las mil dudas que me surgen cada día? Eres tan sabio, Laberinto.

LABERINTO.- *(Decepcionado)* Sólo por eso me necesitas.

ARIADNA.- *(Se conmueve. Vacila)* No... No sólo es por eso. También te necesito... para aliviar yo a mi vez la espantosa soledad. ¡Yo también estoy sola, Laberinto!

LABERINTO.- *(Con mucha pasión y voz ronca de la emoción)* No estás sola, Ariadna.

*(Ariadna le mira extrañada, turbada, porque ha notado algo no habitual en su voz, demasiado alterada y conmovida, apasionada. Se miran unos momentos a los ojos. Ella los baja. Echa para atrás, para no seguir ya en la misma boca de la gruta. No dice nada. Larga pausa. Después, cambia por completo el tono de voz y la conversación. Laberinto se sienta entristecido y está callado un tiempo)*

ARIADNA.- (*En un tono mucho más superficial y alegre, propio de una jovencita*) Pero... no os he dicho por qué hoy he llegado más tarde.

MINOTAURO.- ¿Por qué, Ariadna?

ARIADNA.- (*Con entusiasmo y curiosidad*) Porque hoy llega ya el barco de Atenas. (*Con alegría*) ¡Y regresa mi padre! Y con él sus prisioneros, los jóvenes que la ciudad de Atenas paga a Creta como tributo. Fui al puerto por si les veía acercarse. Pero no se les divisaba todavía.

(*Brama terriblemente Minotauro, revolviéndose a la vez muy inquieto*)

ARIADNA.- (*Extrañada*) Pero ¿qué te pasa, Minotauro?

LABERINTO.- ¿No lo sabes? ¿No conoces el motivo de traer a esos atenienses?

ARIADNA.- No

LABERINTO.- (*Con amargura*) Son nuestro alimento.

(*Brama otra vez Minotauro, da vueltas casi enloquecido*)

ARIADNA.- (*Alteradísima*) ¿Qué? ¿Qué quieres decir?

LABERINTO.- El tributo que Minos se cobra, esos jóvenes... están destinados a ser devorados por tu hermano... y también por mí.

(*Ariadna retrocede. Grita, horrorizada. Un momento de pausa en que no puede ni hablar*)

ARIADNA.- ¡Hermano! ¡Hermano! ¿Es así entonces como te sustentas?

*(Gruñidos de Minotauro. Se revuelve en su rincón cada vez más inquieto)*

ARIADNA.- *(Llorando)* Ahora comprendo por qué sientes tanta lástima, tanto asco, de ti mismo.

*(Terrible alarido de la fiera. Levanta sus manos, crispadas, como si fueran garras)*

ARIADNA.- *(Extrañada, asustada)* ¿Por qué no me hablas ya, y me respondes así, casi como atacándome?

LABERINTO.- Siente próximo su macabro festín y se han despertado en él sus instintos más feroces... Como la bestia que es.

ARIADNA.- *(Dirigiéndose ahora a Laberinto, muy airada)* ¿Y cómo lo consentís? ¿Por qué no os rebeláis? ¿Por qué lo permites tú, Laberinto, a quien yo creía noble y sensato, a quien yo respetaba más que a nadie y... apreciaba tanto?

*(Pausa. Se miran intensamente un instante. Laberinto tiende la mano hacia ella, conmovido. Pero Ariadna retrocede y le rehúye)*

¿Por qué no te rebelas, Laberinto, y abres tus enormes fauces y vomitas de tus negras entrañas a Minotauro?

LABERINTO.- Pero, Ariadna, no puedo. Yo fui creado precisamente para guardar a Minotauro y para nunca permitirle salir. Es mi misión, mi deber, mi razón de vivir. *(Esto lo ha ido diciendo con amargura creciente)*

ARIADNA.- ¿Y todos esos jóvenes han de morir –

¡y morir de manera atroz!— para que vosotros sigáis viviendo?

LABERINTO.- (*Bajando la cabeza avergonzado y con profunda tristeza*) Así es, Ariadna.

ARIADNA.- (*Con firmeza*) Entonces, reniego de vosotros. Me causáis horror. Me repugnáis.

(*Ariadna se marcha corriendo. Brama de nuevo Minotauro, ahora en un aullido de dolor. Laberinto, desesperado, hace ademanes de ir tras ella, de salir de la gruta; pero —naturalmente— no puede; no puede desprenderse de su propio ser*)

LABERINTO.- Ariadna (*Ahora con grito terrible, angustiado*). Ariadna, ¡¡vuelve!!

(*Se sienta después, casi se derrumba, muy apesadumbrado. Oculta la cabeza entre las manos y casi solloza*)

Tienes que comprender... Es nuestro sino. Son las leyes de Creta. Son las leyes de los propios dioses las que nos han hecho así, y nos fuerzan a seguir fijos a este lugar, sujetos a nuestra propia, horrenda naturaleza (*Solloza ya*) ¡Qué más quisiéramos que poder desprendernos de nuestro ser! ¡Aunque nos arrancásemos la piel y la carne! ¡Qué más quisiera que poder marchar de aquí, de mí mismo! Y huir contigo, Ariadna, a todas esas tierras lejanas que anhelas conocer... ¡Cruzar contigo el mar, lejos de Creta! (*Con rabia*) Contigo, contigo... (*Con mucha ternura*) A donde tú vayas, Ariadna.